

TERCERO DOMINGO DE ADVIENTO Ciclo A

Ambiente de este domingo



¡Estad contentos! ¡Alegraos! Esto es lo que debe abrir la celebración de este tercer domingo de Adviento. La antifona de entrada insiste fuertemente: *Vivid siempre contentos*, y el motivo es muy simple, *el Señor está cerca*. Él llega y esta vez la liturgia desplaza un poco su espera; el gozo de la venida gloriosa pasa por el gozo de celebrar la venida de Cristo en la carne. Las dos esperas se unen ya que con la venida del Salvador se inauguran los tiempos mesiánicos del fin.

La demostración de la alegría profética de Isaías, describiendo el reino de Dios, encuentra su realización en la respuesta de Jesús a Juan Bautista: *los ciegos ven, los cojos caminan...* Lo que veía Isaías en la lejanía se cumple hoy, el reino esperado se esparce ahora ante los ojos de los discípulos de Juan. Y así, hay que entrar en el tema de la paciencia firme, preconizada por Jaime, para ver finalmente el despliegue, la expansión del Reino.

Contradicción desconcertante, el Reino está allá, pero aún es objeto de deseo. Juan Bautista también está desconcertado; el Mesías que él esperaba debía llegar con poder y hete aquí que es semejante a los otros hombres. Dios ha velado su gloria resplandeciente bajo el manto de nuestra humanidad. El Reino está entre nosotros, pero pasa por el misterio de la encarnación. ¡Ni Isaías, ni Juan Bautista, ni ningún profeta habían previsto esto!

LA MESA DE LA PALABRA

Primera lectura: Is 35, 1-6a. 10

Alegría y luz atraviesan el texto epifánico en el que toda la creación atrapada por la gloria de Dios se alegra por la salvación. El desierto, la tierra de la sed, las tierras áridas se cubren de flores recibiendo de la gloria de Dios una fecundidad desconocida. El profeta tranquiliza al pueblo atemorizado, por sus manifestaciones: ha sabido desde siempre que no se puede mirar a Dios sin morir. Esta vez la venida de Dios no será terrible como en el Sinaí, será salvación para todos, desbordamiento de alegría, de alegría sin fin. Ni truenos ni relámpagos, sino cojos que brincan, mudos que gritan su felicidad, prisioneros que vienen gritando su felicidad, llenos de gozo. Dios se deja ver, comunica su esplendor a cada uno, entonces dolor y lágrimas desaparecerán porque la tiniebla no se puede mantener ante la luz.

La Iglesia es aquel lugar abierto donde Dios manifiesta su gloria, donde sobre el rostro de nuestros hermanos despliega hoy resplandeciente su presencia: *¡sed valientes, no tengáis miedo! ...Aquí tenéis a vuestro a Dios.*

PROCLAMAR ESTA PALABRA

Este texto de una gran belleza y de un poderoso dinamismo, el LECTOR estará particularmente atento a estas expresiones:

De alegría: *¡La tierra reseca y el desierto están de fiesta, de alegría la estepa florece!*

De coraje: *robusteced las manos que se dejan caer, afirmad las rodillas que no se aguantan.*

Decid a los corazones alarmados: ¡sed valientes, no tengáis miedo!

- a los futuros que anuncian la inversión total que se hará:

- *entonces se abrirán a los ojos de los ciegos y las orejas de los sordos se abrirán*

- *¡entonces el cojo saltará como un ciervo! Y la lengua del mudo gritará de gozo...*

- Volverán... entrarán....
- Una alegría eterna coronará sus cabezas.
- habrá fiestas y alegría
- Se acabarán las penas y los llantos.

A la Buena nueva que es el origen de este cambio

Aquí tenéis vuestro Dios... es él quien os viene a salvar.

Segunda lectura: Jaime 5, 7-10

La palabra que nos viene de Jaime, viene como contrapunto al optimismo jubiloso de Isaías. Si la venida del Señor es cierta, hay que vivir nuestra vida como el payés paciente que conoce la monotonía de la espera donde no pasa nada.

La prueba de nuestra paciencia referente a la venida del Señor, es la perseverancia en nuestras relaciones fraternales: *no os quejéis unos de otros*. Esto exige una firme voluntad y Jaime propone el ejemplo de los profetas como modelo de resistencia, de aguante: ellos avanzaron en la fe sin desfallecer.

PROCLAMAR ESTA PALABRA

El lector pondrá una atención particular a estas fórmulas repetitivas:

- *tened paciencia, hermanos...*
- *hermanos, no os quejéis...*
- *quered, hermanos, un ejemplo de....*
- *mirad el payés...*
- *tened paciencia...*
- *tened paciencia ...*

Comentario al Evangelio: Mt. 11, 2-11

Yo no soy digno, decía Juan Bautista al final del texto del pasado domingo. Él desaparecía, se borraba delante de Aquel a quien él anunciaba. Hoy, cuando Cristo ha comenzado su predicación del Reino de los cielos, e iba por villas y pueblos, el Evangelio presenta a Juan B. inmovilizado en el fondo de una prisión. La voz que gritaba ha dejado de hacerse oír. Cuando la Palabra se ha hecho oír en el mundo, el profeta es reducido al silencio.



Así solo le queda una pregunta por hacer a Jesús, y solamente la puede hacer por medio de intermediarios, discípulos suyos, lo que es simbólicamente significativo.

¿Eres tú el que ha de venir debemos esperar a otro? Juan se había hecho una imagen del Mesías: la imagen un poco temible, reflejada en el Antiguo Testamento, de un juez haciendo la selección en su pueblo, haciendo arder con su fuego a todos los indignos pecadores. Y hete aquí que, Jesús, sin alzar la voz, va justamente al frente de los pecadores, de los pobres,

de los excluidos, consolando, curando, levantando, gritando con una sola palabra, con un gesto. La fuerza es dulzura, su poder es humildad. El desfase cuestiona a Juan.

La respuesta de Jesús es simple: *La buena Nueva se anunciada a los pobres*. Para Juan B. este mensaje que resume la profecía tan conocida de Isaías, no puede ser más clara y comprensible. Las obras hechas por Cristo son el signo de que la era mesiánica ha comenzado. Feliz, pues, aquel que los sabrá reconocer sobrepasando los prejuicios y sus clichés.

Después de la partida de los enviados, Jesús hace el elogio de Juan. Es el último profeta anunciado por Malaquías, el mensajero que preparan el camino. Él está a la puerta del Reino nuevo, el que hace de él el más grande de los hombres, pero tiene el lugar último, el más pequeño de este reino. Esta palabra de Jesús, oponen dos tiempos de la obra de Dios que no son concurrentes, pero nos enseñan que el cumplimiento de todas las cosas trasciende la preparación.